

labios vivamente iluminados por la luz de la hoguera, se abrian silenciosamente; en seguida fijó en mí su vista; no sé por qué cerré los ojos.

—¿No duerme vd? me dijo.

—No puedo, contesté.

—Ya que estamos solos, escúcheme vd. un instante, porque es vd. el único que podrá ejecutar mi última voluntad; supuesto que Albino, aunque quisiera, no podría.

—¿Por qué?

—Vd. cuidará á su hijo como si fuese suyo, ¿es verdad? No volverá á ver á su padre. Le dije á vd. que habia visto á Albino acostado en el llano, sin saber si dormía ó estaba muerto, pero la sangre que enrojecia la yerba á su derredor, me prueba que dormía el sueño eterno.

En aquel momento sufría yo completamente el ascendiente de Vista doble, y dirigí á mi dormido camarada una mirada no menos dolorosa, que si, como decia el mestizo, hubiese dormido con el sueño que no se interrumpe jamas. El viejo prosiguió:

—En cuanto á mi persona y á la suerte que me espera, no tengo la menor duda; no veré vivo la sétima cisterna de Bajan; pero quiero verla despues de mi muerte.

Así, pues, ejecutará vd. lo que voy á decirle: recojerá vd. mi cabeza, que no le costará trabajo encontrar en el llano de Bajan, y la llevará vd. á la cisterna, sobre la que la atará vd. á un árbol, con el rostro vuelto hácia la noria. No deje vd. de hacerlo, porque la última voluntad de un hombre es sagrada. Respecto á vd., si escapa á la muerte en la Sierra-Madre, vivirá aún mucho tiempo; sin embargo, corre vd. un grave peligro.

Despues de haber hablado de esta manera, el viejo apoyó la cabeza en sus manos, y pareció escuchar la voz del viento entre las yerbas, y otras voces tal vez, que solo llegaban á sus oidos. No pude cerrar los ojos en toda la noche; amaba tiernamente á Albino; con él era con quien me habia hecho hombre; y yo pensaba pasar en su compañía mucho tiempo: en aquel momento lo lloraba como si hubiese muerto. En fin, llegó el momento de la partida. Mi caballo podia aún hacer aquella jornada, la última para alcanzar el convoy de los fugitivos; así es que nos pusimos en camino; pero nuestro entusiasmo se habia amortiguado. Vista doble guardaba silencio como de costumbre; los tristes pensamientos que me agitaban, me quitaban todo deseo de dirigir una sola

palabra á Albino, y éste, no encontrando motivo de conversacion, quedaba silencio como yo.

Encontramos la sexta cisterna vacía como las otros cinco; faltábanos agua, y la sed nos atormentaba; nuestros caballos sufrían mas que nosotros, porque no habían bebido desde la víspera en la tarde; el mio, sobre todo, no podía dar un paso. Ibamos á continuar nuestro camino, cuando nos detuvo el viejo.

—Un momento, nos dijo el mestizo, tan derecho sobre el caballo, como si tuviera apenas veinte años. Capitan Albino, prosiguió, acabamos de ver la última noria.

—Hay otra, respondió Albino.

—Debo decirte, continuó Vista doble, que ni vd. ni yo verémos la sétima cisterna de Bajan. Si quiere vd. retroceder, aun es tiempo.

Albino permaneció impacible.

—¿Llegarémos á tiempo para salvar á nuestros jefes? preguntó.

—No me lo ha descubierto mi sueño, pero creo que sí, dijo Vista doble.

—¿Nos sobrevivirá este amigo? preguntó el contrabandista designándome.

—Sí.

—Pues bien, avancemos, exclamó resueltamente Albino; nada importa nues-

tra existencia, cuando se trata de la de los cuatro jefes, que son la esperanza de nuestro país, y á quienes amenaza la traicion.

—¡Marchemos, pues! dijo el viejo con la mayor tranquilidad.

La marcha no continuó con tanta rapidez como deseaban mis dos compañeros; mi caballo, en extremo fatigado, apenas podía dar un paso. A cada instante encontrábamos cadáveres de caballos y mulas. Muy pronto comenzamos á subir una cuesta bastante escarpada. Cuando llegamos al punto culminante, se ofreció á nuestra vista un llano inmenso. Vista doble, que iba á la cabeza, arrojó un grito de alegría, y Albino que lo alcanzó, hizo la misma demostracion.

—¡Gracias á Dios! exclamó el contrabandista con entusiasmo: todavía están sanos y salvos, y los salvarémos, suceda lo que sucediere.

Eran las nueve de la mañana del día 21 de Marzo de 1811. Al pié del punto en que nos encontrábamos, y en medio de los llanos de Acacita de Bajan, ondulaba una larga fila de carruajes en medio de los nopales y de las acacias. Los cañones seguían á corta distancia, y el ruido de sus cureñas llegaba hasta nuestro oídos.

Las banderolas de los dragones se movían á impulso del viento, y los relinchos de sus caballos se mezclaban al ruido de la artillería. A corta distancia de los primeros carruajes que formaban la fila, un cuerpo de tropas que parecía la vanguardia, se había detenido detras de una colina, en cuya falda serpenteaba el camino. Aquellos hombres hacían un alto momentáneo para dar tiempo á los carruajes de que los alcanzaran.

—¿Ve vd? dijo Albino á Vista doble; deben tener algunas sospechas, supuesto que la vanguardia no se aleja de los carruajes.

Vista doble no contestó una sola palabra. Su vista penetrante observaba con atención la vanguardia.

—Los caballos de esos dragones están muy frescos, dijo, para unos animales que han debido beber muy poca agua en el camino; vea vd. si los de los dos destacamentos que van por atras relinchan y marchan como los suyos.

Mas allá de la colina, y á una regular distancia de la fila de carruajes, que se hallaba muy lejos de la eminencia, tras la cual se había detenido aquel cuerpo de caballería, caminaban al paso seis dragones. Detras de ellos, y á cosa de cien va-

ras de distancia, iba otro grupo de caballería compuesto de cosa de sesenta hombres, delante de los carruajes. En fin, detras de los carros que conducían los bagajes, los carruajes y la artillería, iban otros hombres de la escolta, unos á caballo y otros á pié. Los animales en que iban los dragones, alargaban los pescuezos y caminaban con mucho trabajo. El contraste entre estos animales y los que montaba la tropa oculta por la colina, no se había escapado á la vista del mestizo. Repentinamente, al ver á un oficial que apareció en medio del cuerpo de caballería que estaba descansando, Vista doble se estremeció, y exclamó con voz de trueno:

—¡Traicion! ¡traicion! ¡es Elizondo!

Era Elizondo, en efecto, que hallaba á sus soldados; pero la voz de Vista doble no pudo llegar hasta aquellos á quienes quería advertir.

—¡Rupertol dijo precipitadamente el viejo, su caballo de vd. no puede seguirnos; la vida de los jefes depende de la ligereza de nuestros animales; espérenos vd. aquí: pronto, pronto Albino, déle vd. el cabestro de su caballo de mano.

Tomé los dos cabestros. Albino y Vista doble se precipitaron á lo largo de la cuesta, como dos rocas que ruedan por un

rápido declive, repitiendo con todas sus fuerzas las palabras: ¡Traicion! ¡traicion! Bien pronto los perdí de vista en uno de los recodos que les era preciso seguir para llegar al llano. Quedé solo, muy atrojado con los dos caballos de mano, y con el corazon tan turbado, que una nube parecia ocultarme como un velo, lo que pasaba á mis piés. Las siniestras predicciones del viejo, la angustia que me causaba el peligro que corrían los jefes mexicanos, todo contribuía á oprimir espantosamente mi corazon.

En aquel momento los seis dragones de la escolta de Hidalgo dieron vuelta á la colina; al distinguir el peloton de caballería, vacilaron un instante, en seguida avanzaron. En el acto fueron rodeados, desarmados y diseminados entre sus enemigos, sin haber podido arrojar un grito de alarma. Los sesenta hombres que iban tras ellos sufrieron la misma suerte; porque despues de haber vacilado como los primeros, avanzaron con seguridad al ver el coronel Elizondo, conocido por un ardiente partidario de la insurreccion. Los pobres diablos no sospechaban la traicion. El coronel tenia cosa de trescientos hombres; tomó doscientos, y avanzó con ellos hácia los carruajes; habia llegado

su turno á los cuatro generales. Elizondo se detuvo, con sombrero en mano, delante de uno de los carruajes, que hizo alto. Descendió de él un hombre; en su sotana y en sus largos cabellos blancos, reconoci á Hidalgo, que presentó amistosamente su mano al traidor. Desde aquel momento no distinguí mas que algunas escenas aisladas de aquel horrible drama. Las tropas de Elizondo hicieron una descarga general. Una porcion de lanzas rodearon los carruajes: los cuatro jefes se hallaban prisioneros, un sudor frio corria por mi frente, y la angustia destrozaba mi corazon.

Cuando se disipó la nube de polvo, ví de nuevo á Elizondo á la portezuela de otro carruaje. Disparábanle un pistoletazo, pero no cayó el traidor. Un dragon disparó á su turno contra el carruaje, del que no tardó en salir un hombre, que en su figura, en sus rubios cabellos, y en lo orgulloso de su porte, reconocí por Allende. Tenia entre sus brazos á un jóven inanimado: despues supe que aquella noble víctima era su hijo. Obligaron á Hidalgo, Allende, Abasolo y Aldama á montar á caballo; y á pocos momentos desaparecieron con los que tenían sed de su sangre; los carruajes continuaron ca-

minando, unos vacíos, y los otros llevando prisioneros de un grado inferior.

Todo estaba consumado.

Descendí del caballo, y fui á sentarme á la orilla del camino, dando libre curso á mis lágrimas. Estaba sumergido en una tristeza mortal, cuando el ruido causado por el galope de un caballo, me hizo levantar los ojos. Aquel caballo conducía un cadáver decapitado, el de Vista doble, sostenido en la silla con una cuerda bastante fuerte; y para aumentar lo horrible de aquella burla, habían atado la cabeza del mestizo entre sus brazos....! No creo necesario decir á vdes. que desempeñé con escrupulosa exactitud la última voluntad del viejo. Debo añadir, por último, que encontré en el llano el cuerpo de Albino que dormía, como había dicho el mestizo, con el sueño eterno. Su inútil afecto le había costado la vida, y según la predicción de Vista doble, llegué solo á la sétima noria de Bajan, la cual no habían cegado. ¡Tal vez la cabeza del viejo se halla todavía colgada en el árbol en que la deposité!

Cesó de hablar el capitán; ocultábase el sol detrás del jardincito de Mr. L....

El ruido lejano del viento entre las malezas del llano vecino, formaba una especie de acompañamiento melancólico, á las últimas palabras de D. Ruperto: Mr. L.... se levantó repentinamente, entró, sin decir una palabra, á su habitación, y volvió al cabo de algunos instantes, trayendo en la mano un volumen, que me presentó abierto. Era el *Cuadro histórico* del senador D. Carlos María Bustamante. Mis ojos se fijaron en una página en donde leí estas palabras que confirmaban la relación que acabábamos de escuchar: "La pérfida vigilancia de Elizondo, seguía á los que había designado en hoccausto á la defección. Habiendo llegado al Bajan, después de haber atravesado las siete norias que se encuentran entre este punto y el Saltillo, las encontraron secas, según las órdenes del coronel." El senador Bustamante añadía, que á excepción de Abasolo, á quien salvó el heroísmo de su esposa, todos los demás jefes de la insurrección fueron pasados por las armas. En cuanto al coronel Elizondo, recibió el castigo que merecía su traición. Odiado por sus compatriotas, despreciado por los españoles, murió cubierto de heridas que le infirió un español en un acceso de fingida locura. Ni aun

le instruyeron causa al asesino. Así terminó el primer acto del gran drama, que debía llamarse despues la revolucion mexicana.

Al día siguiente por la mañana, despues de haber apretado afectuosamente la mano de Mr. L...., proseguimos D. Ruperto y yo nuestro camino para Tepic.

EL SOLDADO CUREÑO.

El camino de Guadalajara á Tepic, atraviesa la Sierra-Madre. En aquella cadena de montañas áridas, que sucesivamente terminan en picos agudos ó en ásperos desfiladeros, la guerra de independencia ha dejado imborrables recuerdos. Deseaba con la mayor impaciencia visitar aquella curiosa parte de México, y por su parte, el capitán D. Ruperto, deseaba encontrarse en los puntos de la Sierra, que le recordaban tantas escenas y tantas noches venturosas en su juventud: al desembocar en el llano de Santa Isabel, dos días despues de haber salido del pueblo de Ahuacatlan, fué cuando distinguimos en el horizonte los picos azulados de la cordillera. Desde aquel momento, y si-

Multáneamente, apresuramos el paso, y unas cuantas horas de camino por entre las elevadas yerbas, nos condujeron á poca distancia de las montañas á una cabaña formada de bejucos, que el capitán Ruperto me habia indicado con anticipacion, como un punto en donde debiamos descansar.

—¡Hola, Cureño! gritó el capitán, deteniendo su caballo delante de la cabaña, ¡hola! ¿está vd. muerto ó vivo?

—¿Quién me llama? preguntó una voz cascada desde el interior de la cabaña.

—El capitán Castaños, ¡con mil diablos! contestó el guerrillero; el que dió fuego al cañon que le sirvió vd. de *cureña* (1).

Una espantosa figura llegó arrastrándose hasta el umbral de la cabaña; era un viejo horriblemente contrahecho, y cuya espina dorsal parecia dislocada y torcida. El desgraciado caminaba arrastrándose. Contraídas por la vejez y por los padecimientos, sus facciones habian conservado, sin embargo, una expresion de nobleza y orgullo que me llamó la atencion. En su frente, continuamente inclinada hácia el

[1] De aquí se tomó el nombre que se dió al soldado que, en la guerra de independencia, desempeñó el papel singular de un hombre transformado en *cureña*.